



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Artículo

Catolicismo, sociedad y política en los caleidoscopios de la historia

Lida, Miranda: *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

Mallimaci, Fortunato: *El mito de la Argentina laica. Catolicismo, política y Estado*, Buenos Aires, Capital intelectual, 2015.

Zanatta, Loris: *La larga agonía de la nación católica. Iglesia y dictadura en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Rebeca Camaño Semprini

*Centro de Investigaciones Históricas – Universidad Nacional de Río Cuarto /
Centro de Estudios Avanzados – Universidad Nacional de Córdoba / CONICET*

rebesemprini83@gmail.com

*Fecha de recepción: 30/04/2018
Fecha de aprobación: 15/06/2018*

Introducción

El retorno a la democracia en 1983 constituyó una coyuntura a partir de la cual dieron inicio investigaciones académicas sobre las relaciones entre la Iglesia y la política. Éstas formaron parte de un conjunto de reflexiones en torno al período dictatorial que acababa de cerrarse cuyo objetivo de fondo era comprender las ideas autoritarias

que habían arraigado en la cultura política argentina desde la década del treinta¹. El interés por esta temática fue propagándose en las décadas siguientes y ganando espacios dentro de la historiografía argentina, tal como se evidencia en la multiplicación de artículos, libros, ponencias y jornadas al respecto.

La llegada de Jorge Bergoglio al papado en 2013 abrió una nueva coyuntura particularmente propicia para el desarrollo de investigaciones centradas en la Iglesia argentina —y, más abarcativamente, en el catolicismo— que permitieran explicar su rol en la historia política argentina y en los procesos sociales que atravesaron el siglo XX argentino. No resulta casual, por lo tanto, que en 2015 hayan visto la luz tres libros anclados en estas problemáticas: *Historia del catolicismo en la Argentina* de Miranda Lida, *El mito de la Argentina laica* de Fortunato Mallimaci y *La larga agonía de la nación católica* de Loris Zanatta.

Las obras seleccionadas se inscriben dentro de una producción historiográfica preocupada por los procesos de secularización de las costumbres y de pluralización del universo religioso y enmarcada por los renovados debates en torno a los desafíos de la laicidad en sociedades democráticas. Forman parte, en este sentido, de un conjunto de investigaciones que han puesto en evidencia las pluralidades insertas dentro del mundo católico argentino, las diferentes concepciones, corrientes teológicas, representaciones del “mundo” y del rol que los católicos pueden o deben desempeñar en él². Son, además, el resultado de sostenidos años de investigación, recuperan y revisan trabajos anteriores de los autores, basados en fuertes trabajos archivísticos y que, por lo tanto, brindan gran cantidad de datos empíricos que sustentan —en mayor o menor grado— sus distintas lecturas. Los autores elegidos son en este sentido figuras clave en la consolidación y extensión de un campo de estudio sobre la Iglesia y el catolicismo en la Argentina.

Desde una mirada centrada en la historia social, Lida procura realizar una reconstrucción histórica del catolicismo en el período transcurrido entre la celebración del Concilio Vaticano I y

1 Cfr: Di Stefano, Roberto: “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, Año VI, No. 6, 2002, pp. 173-201; Lida, Miranda, “El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico”, en Folquer, Cinthya y Amenta, Sara (Comps.): *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*, San Miguel de Tucumán, Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, 2010, pp. 395-423.

2 Di Stefano, Roberto: “Por una historia de la secularización y de la laicidad en la Argentina”, en *Quinto Sol*, Vol. 15, No.1, 2011.

las vísperas del Concilio Vaticano II, con el propósito de repensar la relación entre la religión católica y la modernidad. Considera que esto permitiría, simultáneamente, dar cuenta del modo en que se fue conformando históricamente la relación entre la Iglesia católica y la sociedad argentina, así como las implicancias políticas que se derivaron de ello. La autora divide al período estudiado en dos curvas, “como si fueran dos arcos de una parábola” (p. 244). La primera, que conduce desde fines del siglo XIX a la década de 1930, transita y completa el proceso de integración y nacionalización del catolicismo, cuyo trasfondo fue la masificación de la sociedad, y que condujo a un intento de homogeneización de la Iglesia y al recorte de su jerarquía respecto del resto de la sociedad. Una segunda curva se abrió en algún momento hacia la década de 1940, cuando la fisonomía del país se descubrió silenciosamente trastocada por la expansión de la industrialización y la urbanización, cuyos efectos serían acelerados por el peronismo y el contexto internacional. El Concilio Vaticano II no interrumpiría el curso de esta curva sino que la extendería y desplazaría de su eje.

Desde la sociología histórica, Mallimaci se propone analizar los múltiples vínculos y articulaciones existentes entre lo católico y lo político en la sociedad y el Estado en Argentina, a través de una periodización que remite a categorías ideales en términos históricos concretos y responde a ciclos de la historia argentina “agrupados artificialmente en una unidad racional” (p. 15). De acuerdo con esto, el autor presenta su investigación organizada en tres grandes momentos: el del catolicismo sin Iglesia, que tuvo lugar entre mediados del siglo XIX y 1930; el del catolicismo con Iglesia, de 1930 a 1976 y el de la Iglesia sin catolicismo, desde entonces hasta ahora. Considera que este ejercicio de abstracción permite comprender histórica y sociológicamente los trazos duraderos de un vínculo que ha tenido implicancias en la matriz política, cultural y social argentina hasta la actualidad.

Desde la historia, pero en este caso política, Zanatta avanza temporalmente sobre un tema que ya abordó en libros anteriores: los vínculos entre política y religión, presentando a la última dictadura militar como el trágico epílogo del mito de la nación católica. Según su argumento, este mito fue la principal arma que usaron la Iglesia y el Ejército, los bastiones del orden corporativo, para derribar al orden liberal. Después, con el peronismo —que fue su heredero secular— ese mito

triunfó y se convirtió en hegemónico. Desde entonces, fue el catolicismo del pueblo el que dio sustancia al catolicismo de la nación y todos lo invocaron para legitimarse. El resultado fue que mientras Argentina llegaba a ser cada día más heterogénea, ese mito no contemplaba la pluralidad dentro de la unanimidad ideal que exigía. Por lo tanto, en su pretensión de unir el país en torno a sí, se convirtió en el canal de su violenta laceración. En el centro de esa historia estaban la Iglesia como custodia de la nación y el catolicismo como fundamento de su identidad.

Aunque con elementos y procesos comunes, la perspectiva de análisis y las temporalidades estudiadas por los tres autores difieren sustancialmente. Lida centra su mirada en la sociedad y es desde ella que se analizan sus relaciones con la política. Mallimaci, en cambio, incorpora al Estado en esta relación, que es abordada desde un punto más intermedio, sin inclinarse predominantemente hacia uno de los actores, y lo hace en clave regional, entendiendo a la Argentina como parte de la modernidad latinoamericana. Finalmente, Zanatta se concentra en la Iglesia católica, más que en el catolicismo, y en sus relaciones con el poder político y militar, por sobre sus vínculos con la sociedad en general. Estas diferencias, así como las distintas temporalidades construidas por los autores, son las que nos permiten hablar de diversos caleidoscopios para acercarnos a una temática tan compleja como polémica y repleta de aristas para su abordaje, de la cual intentaremos dar cuenta a partir del análisis de algunos de los tópicos tratados en las tres obras.

Secularización y laicismo en Argentina

Mientras Zanatta pasa rápidamente por los últimos años del siglo XIX y comienza un análisis más detallado a partir de los años veinte y treinta del XX, tanto Lida como Mallimaci se detienen más profusamente en este período. Probablemente el primero lo haga porque estos años ocuparon varias páginas en su texto *Del Estado liberal a la nación católica...* en el que argumenta que hacia fines del siglo XIX estaban instalados en la Argentina los cimientos del Estado laico y las bases de la tradicional influencia de la Iglesia habían sido profusamente erosionadas. Esto se reflejaba, según su interpretación, en la adhesión al liberalismo y al positivismo de las élites que dirigían la modernización del país, lo que los impulsó a promover una legislación que privaba a la Iglesia del monopolio de los principales ámbitos de la vida social, especialmente en los centros

urbanos, donde la inmigración y la integración a la economía internacional habían ocasionado radicales transformaciones³.

Lida y Mallimaci, en cambio, buscan discutir esta lectura del período finisecular. Critican aquel “mito de la Argentina laica” del cual, directa o indirectamente, responsabilizan a Zanatta. Sin polemizar, Lida da cuenta de las ambigüedades de la relación entre la Iglesia y el Estado en las últimas décadas del siglo XIX. Muestra cómo la “derrota” del catolicismo en el plano estatal abrió nuevas oportunidades en otros terrenos y estuvo lejos de ser definitiva, al tiempo que propone que en algunos distritos la Iglesia podía llegar a tener más presencia sobre el territorio que la propia administración estatal. Uno de los ejemplos que reconstruye es la coronación de la Virgen de Luján en 1887, cuya puesta en escena aspiraba a llamar la atención sobre la pervivencia del catolicismo en la sociedad argentina, a pesar de la arremetida de las leyes laicas. Las relaciones entre el catolicismo y la modernización estaban, en suma, hechas de grises y no se agotaban en la confrontación (pp. 28-36).

Mallimaci explicita su confrontación con la perspectiva sostenida por Zanatta, al señalar:

Para comprender el largo plazo hay un mito a deconstruir en Argentina: el creer que en sus orígenes históricos hubo una sólida y única República laica, democrática y liberal, y que en las décadas de 1920 y 1930 fue suplantada por otra sólida y única Nación católica, orgánica y nacionalista. Debemos tomar distancia del mito de la Argentina laica (p. 25).

Para el autor, la cimentación de un orden liberal estuvo ligada a la propia construcción nacional, en la cual las creencias liberales y las católicas se pensaron unidas y hubo una colaboración cristiana en la implementación y consolidación civilizatoria, social y cultural del Estado-nación. Estas apreciaciones coinciden con la de diversos autores⁴ que en los últimos años han señalado que fue la exitosa propagación del mito de la nación católica y la consecuente recristianización de la sociedad que se habría producido a partir de los años treinta y culminado con el establecimiento de la enseñanza religiosa en 1943 lo que condujo a la construcción, como contracara del ante-

3 Zanatta, Loris: *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005 [1996], pp. 367-369.

4 Di Stefano, *op. cit.*; Lida, 2010, *op. cit.*; Mauro, Diego: “Catolicismo, educación y política. La enseñanza religiosa entre la curia diocesana y las orientaciones educativas del estado provincial. Santa Fe, 1915-1937”, en *Estudios Sociales*, Vol. 36, No. 1, 2009, pp. 143-172.

rior, de un mito del Estado liberal que habría imperado desde 1880 hasta entonces. La consecuencia inmediata de este fenómeno fue —desde esta postura historiográfica— el desdibujamiento del carácter siempre endeble y transaccional del avance del liberalismo en las distintas esferas sociales, en particular en lo que respecta al interior del país.

Renacimiento, restauración o modernización

Las diversas lecturas del período anterior se traducen en distintas miradas sobre los años veinte y treinta. Para quienes, como Zanatta, afirman la existencia de un Estado laico desde el último cuarto del siglo XIX, las primeras décadas del XX asistieron a un renacimiento católico en el campo social e intelectual y un sólido fortalecimiento de la Iglesia. Fueron años de maduración del catolicismo argentino y de conquista de espacios públicos, cuyo acceso a los católicos había sido impedido por el auge del liberalismo (p. 23). Es en ese contexto que sitúa el nacimiento del mito de una fusión de la nación y el catolicismo, en nombre del cual la Iglesia lideró la ofensiva contra la democracia liberal y los partidos, entendidos como culpables de disgregar la unidad natural del país, y luchó por un nuevo orden cristiano. Como corolario, se afirma que el Ejército se erigió en guardián de ese mito, en tanto era la única institución, además de la Iglesia, en condiciones de encarnar la unidad nacional (p. 27).

El hecho de que Mallimaci cuestionara fuertemente la noción de un Estado laico permitiría presuponer un ataque similar a la idea de renacimiento católico. Éste no se halla, sin embargo, presente. Sí en cambio se habla de una restauración católica, lo que permite suponer un pasado no tan débil de la Iglesia y el catolicismo como el enunciado por Zanatta. No obstante, en el fondo su lectura de los años treinta no difiere demasiado de la del investigador italiano: para entonces lo católico comenzó a aparecer como uno de los pilares de la argentinización y como dador de una nueva identidad a la Argentina antiliberal y anticomunista. Comenzaba a dibujarse el proyecto de la Argentina católica, en el que el catolicismo era visto como factor central de cohesión social y formador de identidad nacional (pp. 72-73).

Lida, en contraste, se concentra en las limitaciones o claroscuros de esta época. Reconoce que en la década del treinta el catolicismo adquirió una amplia presencia social y política que ha

llevado a caracterizarla como una época de neta avanzada clerical, pero afirma que en algún sentido, se trataba de un fenómeno superficial en el que la religión era defendida pero no practicada. También cuestiona la mirada macroscópica que ha primado en la que la Iglesia y el catolicismo aparecen como un movimiento compacto, casi monolítico, y evidencia las preocupaciones que los atravesaban. Por una parte, argumenta que el catolicismo se hallaba surcado por clivajes y conflictos que emergían recurrentemente. Por otra, la modernidad urbana permitía grandes movilizaciones católicas, cuya culminación fue el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, pero —como contracara— despertaba preocupación lo fácil que las expresiones de fe se prestaban a la trivialización, en la medida en que se mezclaban con el consumo, el turismo de masas y el tiempo de ocio. Las multitudes católicas eran, además, efímeras e incapaces de dejar una impronta perdurable en las calles, tan ruidosas, caóticas y sucias como siempre.

El peronismo entre la nación católica, el mundo del trabajo y la posguerra

Zanatta inscribe al peronismo dentro del proceso de construcción y consolidación de la nación católica, cuyo triunfo ubica en el golpe de Estado del 4 de junio de 1943, fecha que marca para el autor la derrota del proyecto liberal. Mallimaci entiende al peronismo como uno de los momentos históricos en que confluyeron determinados elementos presentes en el catolicismo argentino y la acción política alrededor de la elaboración de principios éticos ligados a la significación del trabajo como marco de construcción del sentido. Lida subsume su análisis dentro de los cambios socioculturales de posguerra. Esto se traduce tanto en interpretaciones distintas sobre las relaciones del peronismo con la Iglesia como en miradas diversas sobre el conflicto entablado entre ambos hacia fines de 1954.

Como ya adelantamos, para Zanatta, Perón encarnó el síndrome de la unanimidad gestado durante la formación de la nación argentina y que había encontrado una expresión en el mito de la nación católica. Según este autor, la democracia era para el peronismo —como para la Iglesia— un concepto relativo a la esfera social y ajeno al ámbito político. En este sentido, afirma que el peronismo integró con éxito a las masas pisoteando al Estado de derecho y lo hizo “con el apoyo popular, la bendición de la Iglesia y en nombre de la nación católica” (p. 35). El posterior enfrenta-

miento no fue, entonces, entre ideologías opuestas sino por el control de un mito compartido, del cual el peronismo era la versión secular y la Iglesia la espiritual. En medio, el Estado de derecho no era el horizonte político de ninguno de ellos ni de las Fuerzas Armadas, “todos atrincherados en nombre de la Nación católica” (p. 38).

Una vez más, Mallimaci discute con Zanatta, cuestionando el carácter del peronismo como heredero del catolicismo integral, análisis que considera “simplificador”. Para argumentar su postura recuerda que el peronismo recibió una herencia católica y rechazó otras, al tiempo que la transformó en un nuevo horizonte de sentido a través de determinadas intervenciones simbólicas. Para el sociólogo, el encuentro entre el efervescente mundo católico y el movilizado mundo peronista produjo una dislocación mutua, es decir, un cambio (social, político, simbólico, cotidiano) sobre el lugar previsto o de la dirección prefijada tanto por los grupos como por las autoridades legítimas. Este equilibrio inestable explotó cuando se quiso monopolizar lo político y lo católico. La intención del peronismo de dotar de cultura cristiana plebeya a la ideología del ascendente movimiento político y de extenderlas al todo social, implicaba para Mallimaci una fuerte pugna con la institución católica y sus militantes para determinar quién debía legitimar, regular y orientar el proceso. Para el autor fue en la dimensión imaginaria donde las afinidades y conflictos entre el catolicismo y el peronismo adquirieron el tinte trágico que se expresó durante la segunda mitad del siglo XX.

También Lida discute los argumentos de Zanatta al relativizar “el argumento que pone énfasis en una oscura connivencia entre la iglesia y el poder, un argumento que parece funcionar mejor para 1943 que para la época posterior que, sistemáticamente, se amparó en la legitimidad democrática” (p. 196). Aunque reconoce que las medidas favorables al catolicismo tomadas durante los gobiernos peronistas no constituyeron decisiones de carácter republicano dictadas en medio de un gran debate de ideas en el recinto parlamentario, advierte que fueron conseguidas gracias a una puesta en las calles, “neta expresión de la democracia de masas” (p. 196). La Iglesia se vio, sin embargo, cada vez más alejada de esa cultura de masas y de la sociedad de su tiempo, de las que denunciaba su hedonismo y cuyas expresiones culturales más populares le incomodaban. No se trataba de cuestionamientos novedosos pero sus argumentos se politizaron a la luz del con-

flicto desatado con el gobierno peronista. Consecuentemente, para Lida los tiempos de posguerra implicaron desafíos para el catolicismo argentino que no pueden reducirse a los clivajes que trajo consigo el posicionamiento a favor o en contra de Perón.

El Concilio Vaticano II

Los años posperonistas coincidieron con profundas transformaciones dentro del catolicismo a escala mundial, de las cuales fue expresión cúlmine el Concilio Vaticano II inaugurado en 1962. Su análisis ocupa un espacio diverso dentro de los textos de los autores reseñados. Como anunciamos previamente, para Lida representa el epílogo de su investigación y lo entiende como extensión de la segunda curva en la que divide el período estudiado. En el análisis de Mallimaci, en cambio, el período que se abre con el Concilio es otro de los momentos históricos —como el peronismo— en que confluyeron el mundo del trabajo con el católico. Zanatta, finalmente, lo ubica en el marco de una nación católica disgregada, viéndolo como epicentro del estallido de conflictos latentes dentro de la Iglesia. De la diversa ubicación que los autores le asignan al Concilio en los procesos por ellos analizados se desprende una disímil interpretación de su influencia y consecuencias sobre el catolicismo argentino.

Lida considera que el Concilio Vaticano II no introdujo cambios radicales sino que vino a condensar, fortalecer y encauzar tendencias que se habían ido forjando desde, por lo menos, los años cuarenta. Relativiza entonces el peso de Roma como elemento del contexto internacional al que hay que prestar atención para comprender lo que sucedía en Argentina. También cuestiona el “fuerte tinte latinoamericanista” (p. 246) con que se ha caracterizado al catolicismo argentino desde mediados de los cincuenta y subraya que aún avanzado el siglo XX —e incluso hasta la actualidad— se hallan presentes resabios europeizantes dentro de los cuales se destaca la influencia parisina.

Esta mirada contrasta fuertemente con el enfoque de Mallimaci, quien se concentra en la adaptación que los obispos latinoamericanos realizaron en Medellín de las modificaciones en la liturgia, el dogma y la identidad católica impulsadas por el Vaticano. Si en Europa se buscaba dar respuesta al “hombre burgués”, aquí la exigencia era responder al “mundo de los pobres”. Por

ello, afirma el autor, se manifestaron con fuertes críticas a las injusticias, las explotaciones, el liberalismo y el comunismo y se propuso la “ida al pueblo”, en función de las situaciones históricas de cada nación. Surgieron así diversos movimientos sacerdotales que tomaron diferentes caminos políticos, religiosos y militares frente a las dominaciones. En Argentina, luego del encuentro realizado en San Miguel, sacerdotes formados en la matriz integral e influidos por la renovación conciliar tuvieron un rol destacado en la construcción de una identidad común “obrero-estudiantil-católica-popular”. Esta identidad descansaba, para el sociólogo, sobre dos ejes: la dignificación del mundo del trabajo como ámbito privilegiado de acción social y una relación conflictiva con los peronismos en la apropiación de estos contenidos y/o la penetración en el mismo.

Zanatta, por su parte, concentra su mirada en Argentina y califica al Concilio como una “bomba” que hizo estallar conflictos latentes. Destaca que los grupos católicos nacidos en este clima confluyeron hacia el peronismo, aportando las características típicas de su formación religiosa: su enfoque de los problemas del país era indiferente a los tiempos y a la lógica de la política, a la cual antepusieron el ideal mesiánico de la redención entendida como revolución. Como puede observarse, el carácter ahistórico que les atribuye difiere notablemente de la lectura realizada por Mallimaci, tanto como el perfil explosivo que le otorga al Concilio contrasta de la caracterización que realiza Lida de éste.

Militarización, violencia y dictadura

Zanatta afirma que entre fines de los sesenta y comienzos de los setenta se produjo un avance de la violencia como sustituto de la política, proceso dentro del cual ni la Iglesia tradicionalista ni el clero revolucionario confiaban en que las elecciones fueran la respuesta para los problemas que aquejaban al país. Para 1971, los límites entre las protestas pacíficas y las armadas eran tan indefinidos como la frontera entre la represión legal e ilegal. Conforme pasaba el tiempo, todos usaban la violencia como creyentes que oponían su cristianismo al de otros. Era, para el autor, “la nación católica que implosionaba” (p. 144). Lejos de detenerse, este proceso se aceleró con el llamado a elecciones en 1973, cuya campaña “fue una mezcla de política y violencia, de discursos y homicidios, de acuerdos y agravios” (p. 147). Zanatta considera que quizás una conciliación de las

distintas lecturas del mito de la nación católica hubiera sido posible si se hubiesen condensado en diversos partidos, pero dado que todos ellos se disputaban el peronismo, la guerra estaba anunciada. Como guerrilleros, militares, sindicalistas y políticos combatían en defensa del evangelio, la única paz posible era aquella que radicaba en la eliminación de quien lo traicionaba y es que “donde impera la unanimidad no hay disenso, sino traiciones y traidores” (p. 159). En ese sentido, 1975 fue, para Zanatta, el año de la desintegración, a partir del cual la idea de un orden orgánico, basado en los pilares del catolicismo, las fuerzas armadas y la Iglesia surgía natural. La percepción de que tutelar el catolicismo de la nación era un derecho y un deber de la Iglesia y de las Fuerzas Armadas le permite afirmar que la primera no fue un actor entre muchos que apoyaron el golpe, sino que fue su protagonista. En consecuencia, el golpe de Estado de marzo de 1976 es interpretado por Zanatta como “otra etapa en la epopeya de la nación católica” (p. 204), en la que “los militares eran la *longa manus* de la Iglesia, los que cristianizando al país le devolvían el orden y la disciplina” (p. 221).

Mallimaci parece cuestionar —aunque no lo hace explícitamente— la interpretación de Zanatta al señalar que la relación entre el catolicismo y las Fuerzas Armadas no fue “esencial” sino construida, forjada y buscada por actores concretos. Considera que este proceso no incluyó a toda la institución militar ni a todo el cuerpo católico pero sí a sus sectores hegemónicos, mientras que las capellanías militares y los vicarios castrenses fueron una parte importante, pero no única, de esos vínculos, que en las décadas de 1970 y 1980 llegaron a su apogeo. Sin embargo, en una perspectiva que —entendemos— no se aleja tanto como pretende de la del historiador italiano, propone que más allá de los contactos y relaciones esporádicos, fue el compartir un mismo imaginario simbólico lo que consolidó esos lazos. En consecuencia, centra su atención en los conceptos e ideas comunes al mundo católico y militar. En primer lugar, hace referencia a la concepción antiliberal, entendida en un sentido amplio que englobaba tanto a los partidos políticos como al tipo de gobierno democrático o a las propuestas culturales que impulsaba. En segundo lugar, menciona al monopolio de las competencias sostenido por las Fuerzas Armadas y la Iglesia. Mientras las primeras eran las ejecutoras de la violencia legítima, la segunda era considerada exclusiva dadora de los bienes de salvación; y cualquiera que atentara contra esos monopolios era catalogado como traidor o disidente. En tercer lugar, ambas instituciones eran concebidas como dadoras de argen-

tinidad, colaboradoras en formar nuevas identidades que reemplazaron a las forjadas por el imaginario liberal. En cuarto lugar, coincidieron en la construcción de un Estado militar y católico que fue consolidándose entre 1930 y 1983. En quinto y último lugar, compartieron su oposición a las democracias, basados en un mesianismo clérigo-militar de burócratas virtuosos que se presentaba como más eficiente, productivo y desinteresado que las negociaciones y acuerdos de las maquinarias políticas.

El retorno a la democracia y las pervivencias de la cultura política argentina

Sin adentrarse en el proceso de retorno a la democracia, Zanatta deja señalado que en la actualidad perviven aún huellas de ese mito de la nación católica que laceró a la Argentina y destruyó la unidad eclesial, solo que éstas se hallan más presentes —afirma— en la vida política que en la religiosa. Política en la que “de cuando en cuando retorna la vieja nostalgia de la unanimidad nacional popular, tan afín a la nación católica” (p. 307). La implícita referencia al kirchnerismo con la que eligió terminar su libro se vuelve aún más clara si se atiende a las variadas notas periodísticas en las que le recrimina no ver al peronismo histórico lo que para él resulta evidente: un gobierno dictatorial; al tiempo que califica los períodos gobernados por el peronismo y el kirchnerismo como “décadas desperdiciadas” y les cuestiona —en tanto populismos— su visión homogénea del pueblo en sociedades que son cada vez más fragmentadas⁵.

Mallimaci, en cambio, avanza sobre el período abierto en 1983 para dar cuenta del quiebre del monopolio católico en el espacio público. Muestra un mapa socio-religioso en el que se han producido sustantivas transformaciones, caracterizadas por la disminución del costo de la disidencia respecto a la religión católica predominante. El desenlace de la combinación de un proceso de recomposición y reconfiguración de las creencias y pertenencias religiosas con otro de pluralización y racionalización de las creencias individuales ha sido, para el autor, un catolicismo sin Iglesia, condensado en el creer a la manera de cada uno, sin recurrir a mediaciones institucionalizadas y una religiosidad popular que permanece al mismo tiempo que se transforma. En este con-

5 Di Marco, Laura: “Loris Zanatta: ‘El kirchnerismo perderá la batalla cultural: los populismos están condenados a morir’”, en *La Nación*, 22/09/2013; Bigongiani, Diego: “Loris Zanatta: El kirchnerismo fue una farsa como populismo”, en *Fortuna*, 17/08/2017; Zanatta, Loris: “Curas K, otra vez el mito de la nación católica”, en *La Nación*, 03/10/2017.

texto, su mirada de la política difiere —una vez más— de la perspectiva de Zanatta. Para Mallimaci es una continuación secularizada de símbolos, consignas, fiestas, feriados, representaciones, conceptos y clasificaciones provenientes de una cultura católica que opera como base de la legitimación política. Afirma que aquellos que se mantienen en la Iglesia pluriclasista y movimientista buscan experiencias partidarias similares y la principal afinidad en Argentina, aunque no la única, se da con el mundo peronista. El contraste con la mirada de Zanatta queda sintetizado en una de las últimas frases de su libro: “La Argentina católica y militar finalizó y una Argentina democrática, plural, igualitaria y diversa en todas las esferas es el horizonte de sentido para la gran mayoría de los ciudadanos y las ciudadanas” (p. 249).

El papado de Francisco

La llegada al Vaticano del argentino Jorge Bergoglio estuvo presente en las introducciones de los tres trabajos analizados, ya sea para justificar la importancia de estudiar a la Iglesia argentina y en particular su rol durante la dictadura militar (Zanatta, p. 11), argumentar una revitalización de la matriz político-religiosa hegemónica afianzada entre las décadas de 1930 y 1960 (Mallimaci, p. 14) o dar cuenta del carácter transnacional del catolicismo argentino (Lida, p. 14). Estas diversas inclusiones nos adelantaban ya cuál era la perspectiva de análisis dentro de la cual se insertaban las referencias a Francisco. Nos pareció entonces interesante incluir un último apartado en el que las retomáramos para sintetizar las principales conclusiones a que llegan los autores, teniendo en cuenta también que recientemente se cumplieron sus primeros cinco años de papado.

Las referencias a Bergoglio más extensas se hallan en el libro de Zanatta. Los años observados con mayor profundidad son los setentas, cuando el entonces provincial jesuita tuvo la tarea de restablecer la unidad y la ortodoxia doctrinal de su orden, atravesada como el país todo por la crisis religiosa y política. A partir del análisis de sus palabras, Zanatta ve en Bergoglio “el típico vástago del mito nacional católico que nadaba en el mar peronista” (p. 170), aunque reconoce que fue “uno de los pocos que trataron de evitar el naufragio de esa nave a la deriva” (p. 171).

Mallimaci ve en su elección como máxima autoridad vaticana la reactualización de una lógica procedimental y discursiva muy arraigada en la cultura política argentina a la que ya hemos

hecho referencia: las apelaciones a lo religioso bajo la pretensión de transferir legitimidades hacia la arena de la disputa política. En consecuencia, considera que sus mensajes fueron traducidos en clave política y dieron lugar a especulaciones y cálculos a nivel planetario, pero particularmente en Argentina, en donde los distintos actores políticos buscaban “al papa amigo”. Según el autor, en el ámbito latinoamericano el papa Francisco ha continuado y reactivado el viejo imaginario del catolicismo intransigente de construir la “Patria Grande” desde una perspectiva no liberal y no comunista sino católica. Tanto por sus expresiones públicas como por los líderes con que se ha reunido Mallimaci ve en Francisco la expresión, a su manera, de “un catolicismo plebeyo que combina lo social con lo doctrinal, desde el sujeto pueblo” (p. 242).

Con la mirada puesta en los aspectos culturales mucho más que en los políticos, Lida utiliza la figura de Jorge Bergoglio para argumentar el ya mencionado cuestionamiento a la perspectiva latinoamericanista desde la cual se ha analizado al catolicismo argentino desde mediados de los años cincuenta hasta la actualidad. Para la autora, su multifacética personalidad, el ser argentino, latinoamericano e italiano con proyección universal sirve para sostener la lectura cosmopolita del catolicismo argentino que pretendió realizar a través de su obra.

Conclusiones

Las obras de Lida, Mallimaci y Zanatta constituyen tres ejercicios de análisis de temas sumamente relevantes para comprender la cultura política argentina. Desde distintos campos disciplinarios, con diversas construcciones temporales y poniendo el acento en diferentes aspectos, los autores nos brindan imágenes sobre la historia de la Iglesia y el catolicismo, sus vínculos con el Estado, la política y la sociedad que nos permiten construir caleidoscopios a través de los cuales reconstruir y observar la historia del país. Como pudimos percibir a través de los tópicos seleccionados para compararlos, el poner el acento en distintos aspectos de la historia del catolicismo y construir diferentes temporalidades se traduce en una diversidad de perspectivas de análisis. Mientras Zanatta centra su mirada en Argentina, con casi absoluta prescindencia de lo que ocurría en otras latitudes, el rostro internacional del catolicismo argentino está mucho más presente en Lida y Mallimaci. Divergen, no obstante, en la acentuación de los vínculos. El carácter

cosmopolita que le atribuye Lida subraya sus reminiscencias europeas. Mallimaci, en cambio, recalca su perfil latinoamericano y esto se halla presente a lo largo de todo su trabajo. También existen diferencias en las observaciones hacia el interior del país: las miradas de Mallimaci y Zanatta son más federales que la de Lida, mucho más focalizada en Buenos Aires que en la Argentina que anuncia su título.

Las variadas formas de presentar los argumentos permiten, asimismo, vislumbrar distintos posicionamientos e intencionalidades. Zanatta tiende a una mirada oblicua en la que todos los procesos convergen en el mito de la nación católica, mientras que Lida y Mallimaci buscan los matices y cuestionan las perspectivas teleológicas. Este último lo hace, en una forma mucho más confrontativa que Lida, quien por lo general cuestiona a Zanatta soslayada o implícitamente. Sin embargo, pese a que es clara la intención de rebatir su análisis omnímodo, no siempre logran presentar una mirada alternativa de los procesos analizados, aunque sí matizar sus conclusiones.

Los tres libros comparten el objetivo de repensar al catolicismo argentino. Constituyen una invitación a cuestionar las miradas sesgadas sobre los vínculos entre Iglesia, política y sociedad, tanto por las preguntas que se formulan y los procesos que analizan como por los años de archivo que los sustentan. Inspiran nuevos interrogantes e impulsan al trabajo de investigación sostenido, escrutando fuentes y reconstruyendo procesos a través de los caleidoscopios de la historia.